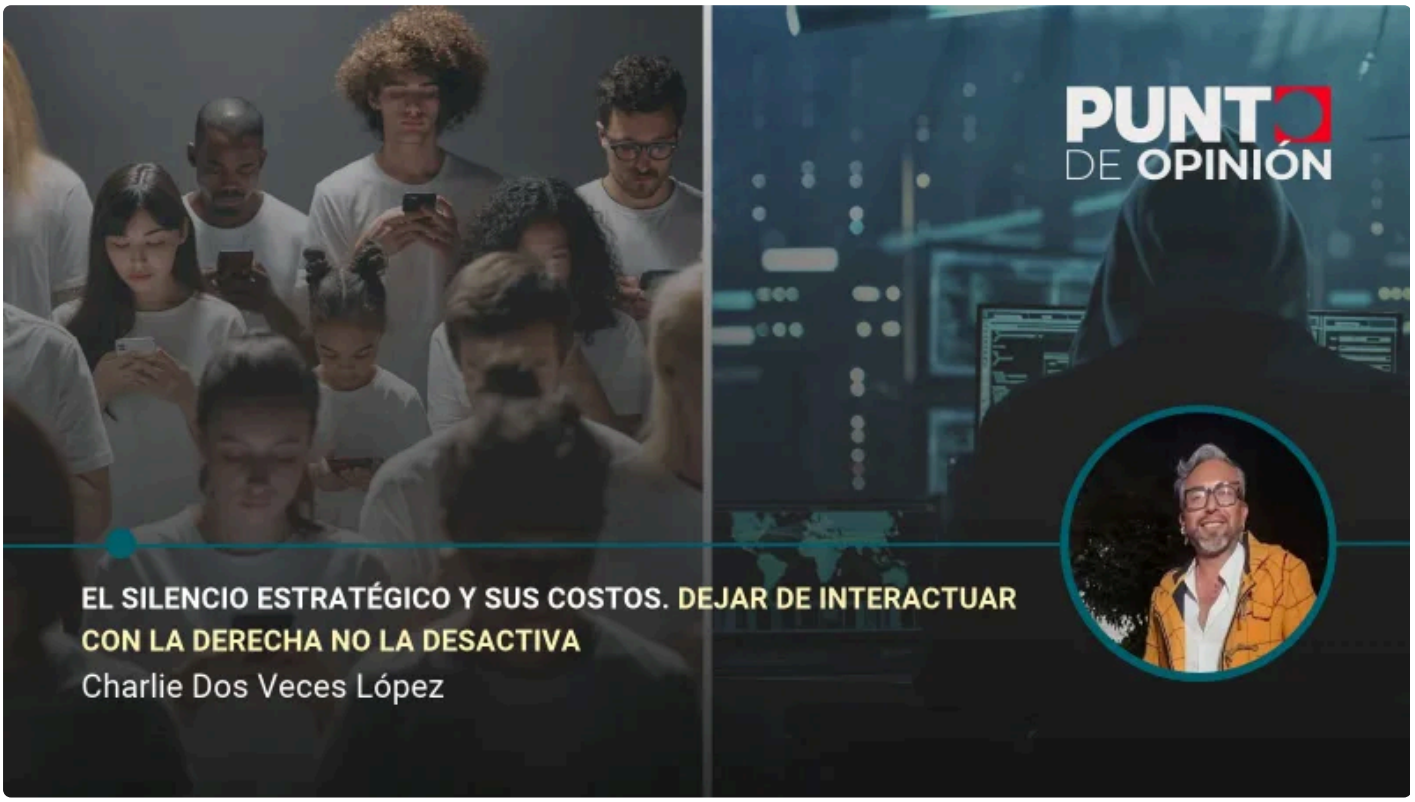
OPINIÓN

El silencio estratégico y sus costos. Dejar de interactuar con la derecha no la desactiva

Por Charlie Dos Veces López · 18 de noviembre de 2026 · 5 min de lectura



La idea de que basta con no interactuar con los discursos de odio para que pierdan terreno se ha instalado con fuerza en ciertos sectores progresistas. El argumento, aparentemente impecable en su lógica algorítmica, sostiene que cada reply, cada quote y cada share, incluso los que se hacen para denunciar, alimentan la maquinaria de visibilidad que las plataformas premian. La reciente experiencia brasileña se cita a menudo como prueba de su eficacia: la estrategia de ignorar o dejar de interactuar con las derechas en redes sociales, impulsada desde el entorno de Lula, habría contribuido a frenar el alcance del bolsonarismo en el ecosistema digital. Sin embargo, convertir ese caso en una regla general para la acción política frente a los fundamentalismos es un error de diagnóstico que puede costar caro.

El primer problema es **confundir una táctica de contención algorítmica con una estrategia de disputa cultural**. Ignorar una publicación puede hacer que desaparezca del propio feed, pero no la elimina del de los demás. Los algoritmos personalizan, y la no interacción de un usuario progresista no desconecta a la audiencia que ya consume esos contenidos. La derecha radical no depende exclusivamente del timeline de sus adversarios para existir; tiene circuitos propios de circulación, además de los favoritismos reales que se han documentado, por parte de los duetos de las empresas llamadas redes sociales, pero sobre todo, tiene espacios no digitales donde su difusión se reproduce sin fricción.

Ahí está el segundo punto ciego, pues el debate sobre la visibilidad en redes sociales suele ignorar que los discursos anti-derechos tienen una infraestructura de difusión que opera fuera de Twitter o TikTok y que han sido históricamente bastiones de las derechas, como lo han sido y siguen siendo, muchos púlpitos religiosos, como ocurrió en la guerra cristera o como ocurre actualmente con el sionismo evangélico, medios de comunicación tradicionales, redes de líderes políticos de derecha, y organizaciones civiles con capacidad de movilización. En América Latina, el activismo político y religioso de corte fundamentalista ha demostrado una habilidad sostenida para traducir creencias en agenda pública, con o sin engagement digital. La no interacción en redes no clausura esos canales; simplemente deja el terreno de la disputa discursiva en manos de quienes lo ocupan con una narrativa articulada y persistente.

Y es en este punto cuando quizá valga la pena hacer analogía histórica con el ascenso del nazismo no como una licencia retórica, pues la pasividad y la subestimación del peligro, la creencia de que los monstruos podían ser controlados o que su discurso se desgastaría solo, fueron condiciones que permitieron su normalización. El odio no desaparece cuando se lo ignora; se fortalece en la medida en que no encuentra un contradiscurso público que lo deslegitime frente a las audiencias que aún pueden ser persuadidas; dicho de otro modo, la lección no es que haya que darles tribuna, sino que el silencio estratégico en el espacio público no equivale a una derrota discursiva, sino más bien, equivale a una abdicación.

Traer esta discusión a la mesa, tiene que ver directamente con el caso del debate mexicano entre un creador de contenido, abiertamente conservador y de derecha católica y quince voces progresistas; porque por lo visto en el debate, también hay que reconocer que la confrontación mal ejecutada también puede ser contraproducente. Un conservador con argumentos de baja densidad probatoria puede salir fortalecido si sus oponentes no logran desmontar con precisión y profundidad las premisas que presenta. Pero la conclusión que de ahí se extrae a menudo, sobre que no hay que darles espacio, se queda corta. La evidencia sobre el contra-discurso sugiere que las campañas organizadas y sostenidas de refutación son más efectivas que los esfuerzos individuales y reactivos; entonces, la respuesta no es la abstención, sino la preparación, presentando argumentos sólidos, coordinados y una pedagogía pública que exponga las falacias antes de que se sedimenten.

La investigación sobre “prebunking” o inoculación psicológica apunta en una dirección similar, ya que sostiente que es posible conferir resistencia a la desinformación y a las narrativas manipuladoras antes de que el público las encuentre, y ese efecto puede persistir en el tiempo. Esto no se logra ignorando, sino anticipando y educando. La visibilidad de los discursos de odio no se combate únicamente retirándoles el engagement; se combate **construyendo una competencia discursiva en la esfera pública que haga que sus premisas resulten menos plausibles para quien aún no ha tomado partido**.

Brasil demuestra que una táctica de contención puede formar parte de una campaña más amplia, pero también que la extrema derecha sigue disputando la agenda en el terreno religioso, mediático y territorial mucho después de perder una elección. Reducir la lucha contra los fundamentalismos a la gestión de interacciones en redes es confundir el termómetro con la enfermedad. La no interacción puede ser una regla de higiene algorítmica; la confrontación argumentada, organizada y sostenida en todos los espacios donde el odio se reproduce es una condición para que ese odio no siga avanzando, debido a que ignorar no es vencer, sino que es dejar que el adversario elija el terreno y el momento.

Publicado en Punto de Referencia. Dirección original: https://puntodereferencia.mx/opinion/el-silencio-estrategico-y-sus-costos-dejar-de-interactuar-con-la-derecha-no-la-desactiva
Descargado el 21 de noviembre de 2026.